

FALON BALLARD

ERES
mi
TIPO



CROSS
BOOKS

FALON BALLARD

ERES
mi
TIPO

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Just My Type*
© del texto: Falon Ballard, 2023
Publicado de acuerdo con G.P. Putnam's Sons, imprenta de Penguin
Publishing Group, que es una división de Penguin Random House LLC

© de la traducción: Pura Lisart e Isabella Monello, (Prisma Proyectos,
S.L.), 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2024
ISBN: 978-84-08-29010-0
Depósito legal: B. 11.042-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Te invitan a un lugar que tiene un significado especial para la pareja.

Lana Parker, *Diez indicios de que tu pareja podría estar a punto de hincar la rodilla*

Estoy viviendo un momento Elle Woods.

Y no me refiero a un momento Elle Woods en plan «llevo un pedazo de traje rosa, entro a estudiar Derecho en Harvard y destrozo al patriarcado».

Es más bien un momento Elle Woods en plan «estoy llorando en público de forma histérica porque, en vez de pedirme la mano, están a punto de dejarme».

Lo bueno es que todavía no he empezado a llorar de verdad. Todo un alivio, porque tengo la boca abierta de par en par en una expresión de estupefacción total y absoluta, y si a eso le sumásemos unos sollozos acongojados, obtendríamos un desastre mocososo de grandes dimensiones. Y hablo de forma literal, no me refiero solo al desastre mocososo figurado en el que se ha convertido mi vida.

—Perdona, ¿qué me acabas de decir?

—Pues que creo que deberíamos dejarlo.

Me quedo mirando fijamente al estúpido integral que tengo sentado delante. No quiero seguir viendo la cara de estúpido integral de Evan ni un segundo más, pero es como si no pudiera apartar la mirada, tengo la cara congelada en un gesto de horror mezclado con «pero ¿qué coño me estás contando?». Me obligo a cerrar los ojos, manteniendo la esperanza de que, cuando los vuelva a abrir, todo lo que ha pasado no sea más que una broma de mal gusto.

Pero no pasa.

Cuando abro los ojos (unos ojos que Evan me dijo una vez que no eran marrones y ya, que eran «marrones con motitas doradas»), él sigue ahí. Sigue observándome con los ojos llenos de compasión.

Ojalá pudiera canalizar la energía de una de esas mujeres ricas que salen en los *realities* y lanzarle la copa de martini a la cara, pero tal acción requeriría un nivel de control motor del que, al parecer, carezco. Además, me da a mí que voy a necesitar el valor líquido para sobrevivir al resto de la noche.

Por fin, tras un par de minutos de doloroso silencio, Evan estira el brazo y me da unas palmaditas en la mano. Como si yo fuese una señora mayor a la que ha ayudado a cruzar la calle, y no la mujer con la que ha estado saliendo cuatro años.

—Sé que no es lo que te esperabas, Lana Banana. —Esa estúpida sonrisa suya se le tuerce en una especie de sonrisa condescendiente.

Siempre he aborrecido ese apodo. No entiendo qué relación ve en las palabras *Lana* y *Banana*.

Estúpida. Estúpida.

Soy una estúpida de campeonato, joder.

Aparto la mano de debajo de la suya de un tirón; el simple roce de su piel sobre la mía basta para darme escalofríos.

—Creía que me habías traído aquí para pedirme que me

casara contigo. —Mi intención era decir esas palabras con tono acusador, pero, en cambio, mi voz se entrecorta con un deje quejumbroso.

Pensar que tu pareja va a pedirte matrimonio resulta lógico si el hombre con el que tienes una relación consolidada desde hace cuatro años organiza una cena en el restaurante en el que tuvisteis vuestra primera cita. Bueno, suponiendo que ese hombre no sea un gilipollas descerebrado.

Evan frunce el ceño como si la simple idea de casarse conmigo le pareciera pésima.

—Ah. —Asiente despacio, en un movimiento que seguramente piense que sea de una persona sabia, al puro estilo Gandalf—. Ahora entiendo que hayas podido malinterpretarlo así.

—¿Que yo haya podido malinterpretarlo así? —Me chirría la voz y varios comensales de las mesas que tenemos alrededor se vuelven hacia nosotros con sutileza (y sin sutileza también).

Estiro la mano para coger mi copa de martini y, durante un segundo, me planteo lo bien que me sentiría al ver el líquido color verde oliva cayéndole por esa cara tintada con autobronceador.

Pero si lo hiciese, no podría tomarme mi copa. Me acabo lo que me queda de cóctel de un trago y, después, sostengo la copa vacía en el aire.

Un camarero corre hacia mí y me quita la copa de la mano, como si hubiese estado esperando a que se la tirara a alguien.

—Hola, sí, ponme otra copa, por favor. —Cuando el camarero me lanza una mirada recelosa, señalo a la persona que está al otro lado de la mesa—. A este cabronazo le ha parecido una idea estupenda traerme a mí, su novia desde

hace cuatro años, al lugar donde tuvimos nuestra primera cita para dejarme.

El camarero pone una mueca de solidaridad y me contesta:

—Entonces le iré sirviendo una tras otra, ¿verdad?

Lo aplaudo con mi copa invisible y le digo:

—Buen chico.

El guardián de los martinis, quien también es mi nuevo mejor amigo, se marcha a toda prisa.

Y nos deja envueltos en un silencio que no resulta tan doloroso como sí profundo. Cuanto más rato pasamos sentados el uno frente al otro, mirándonos, más se aplaca mi ira y más derrotada me siento.

—¿Puedo preguntar por qué? —Trato de eliminar cualquier rastro de enfado de la pregunta para que sepa que voy en serio, que de verdad quiero saber por qué. Aunque ni yo misma tengo claro que quiera saberlo.

Evan suspira y me coge de nuevo de la mano, pero esta vez lo hace en un gesto de consuelo, como si todavía existiese la posibilidad real de que salgamos de esta conservando la amistad.

—Lana, ni tú quieres estar conmigo ni yo quiero estar contigo. Sabes bien que no estamos hechos el uno para el otro.

—¿Y para qué hemos estado tanto tiempo juntos, Evan? —Bien podría estar haciéndome esa pregunta a mí misma, porque sé que tiene razón; ninguno de los dos está hecho para el otro. No deberíamos estar saliendo juntos, y mucho menos planteándonos la posibilidad de casarnos.

Me coge la mano con un poco más de fuerza.

—¿Quieres la verdad, la respuesta sincera?

Frunzo los labios, asintiendo, aunque solo una parte de mí (la sádica) quiere la verdad.

—Todas las chicas con las que he salido antes de ti odiaban a mi madre, y me gustó que conectarais tanto. Sé que mi madre y yo tenemos una relación que puede ser más estrecha que la del resto del mundo, pero jamás pensé que podría suponer un problema para mi vida amorosa. Pero todas mis exnovias se quejaban de ella, del tiempo que pasaba con ella y de todo lo que le contaba. —Se le ensombrece la mirada con un toque de disculpa, en esos ojos marrones como los míos, aunque sin una sola mota de oro en ellos.

—Hasta que llegué yo.

—En fin, a veces creo que te cae mejor ella que yo —se queja entre dientes.

No niego ese comentario, lo cual él acepta como la confirmación que realmente es. Judy es la hostia..., ¿no tendría que haber pasado tiempo con ella cuando me lo pedía?

—Durante un tiempo fue un cambio agradable, pero entonces me di cuenta de que creo que no quiero casarme con alguien que tiene unos traumas maternos dignos de las Olimpiadas.

Cruza los brazos a la altura del pecho y veo que en esos finos labios se forma un puchero real. Qué rápido hemos pasado de tener una conversación semisensata a tirarnos pullitas.

—Anda, ¿es la nueva categoría de las Olimpiadas? Joder, no me creo que se me pasaran las clasificatorias. —Recurro al sarcasmo como si fuera mi vieja camiseta favorita de la princesa Leia, reconfortante y segura.

—Lana...

—Escucha, Evan... —los dos podemos jugar al juego de la condescendencia, y lo dejo fluir por mi tono de voz como si le estuviese echando sirope de caramelo salado a un helado—, no tengo nada más que decirte, salvo que será mejor que dejes una buena cantidad de billetes en la mesa antes de

largarte. Voy a pasarme lo que queda de noche bebiendo y correrá de tu cuenta.

Acepto encantada el martini recién preparado que me ofrece el camarero (dando ya gracias de que me guste corto de vodka y bien cargado de zumo de oliva), quien, antes de volver a la barra, fulmina a Evan con la mirada. Allí mismo, en la barra, un corrillo de empleados finge no estar pendiente del dramático *reality* que tiene lugar justo ante sus ojos.

Aunque estamos en Los Ángeles, así que son altas las probabilidades de que hayan visto un *reality* de verdad en vivo y en directo. De hecho, estoy convencida de que los protagonistas del programa *Vanderpump Rules* han grabado aquí más de una vez, así que estoy segurísima de que los camareros habrán presenciado varios lanzamientos de cóctel de primer nivel.

Le doy un buen sorbo a la copa que me acaban de servir, puesto que es evidente que Evan no pilla la indirecta.

—Perdona, pero ¿qué haces aquí todavía?

—No voy a dejarte aquí sola cuando vas encaminada a pillarte una buena borrachera. Puede que no te ame, pero no soy tan gilipollas.

Canalizo a mi Thor interno, y ladeo la cabeza mientras frunzo el ceño.

—¿No lo eres, seguro? —Doy otro sorbo más a mi bebida, y el líquido me refresca la garganta y aplaca mis sentimientos. Soy consciente de que, cuando esos sentimientos vuelvan, los sollozos de Elle Woods parecerán tranquilos al lado de los que inevitablemente soltaré yo. Así pues, deben seguir aplacados—. Además, no es que vaya a estar sola mucho rato. May ya está de camino.

Evan se reclina en su silla, con mala cara.

—¿De verdad? ¿Es que tenéis una Batseñal o qué?

—Sí, se llama móvil, idiota. Le he escrito cuando estabas inmerso en ese discurso tuyo de «no eres tú, soy yo». —Le clavo el palillo a la oliva del martini, mientras me imagino hincándoselo a él en mitad del ojo. No me puedo creer que haya llegado a pensar, durante una milésima de segundo, que podríamos llevar a cabo esta ruptura como dos personas adultas y maduras. Ahora estoy buscando consuelo en la imagen del palillo de plástico de mi bebida insertado en su pupila. Eso, que siga fluyendo la ira. Mucho mejor eso que la tristeza—. Y, para que conste, que sepas que tienes toda la razón del mundo. Sin duda alguna, no soy yo, eres tú.

El mohín de su cara se transforma en un ceño fruncido.

—¿Por qué será que no me sorprende? Ni siquiera eres capaz de superar una conversación para dejar una relación sin necesitar a alguien en quien apoyarte.

Cruzo los brazos, y le contesto:

—¿Y qué coño se supone que me quieres decir con eso?

—Eres incapaz de estar sola, Lana. Y, sinceramente, es agotador.

—Tu cara sí que es agotadora. —Ay. Ese conato de réplica se me escapa antes de poder evitarlo.

—¿Estás segura de que quieres que me vaya? No vaya a ser que estés cinco minutazos aquí tú sola. —Por lo menos el nivel de madurez ha descendido en picado por ambas partes.

—Jamás he estado más segura de nada en toda mi vida. —Me bebo de un trago lo que me queda de martini y, antes incluso de poder dejar la copa vacía en la mesa, otra copa llena de alcohol aguarda en su lugar. Alguien se va a llevar una buena propina esta noche—. Y, si estuviera en tu lugar, me piraría de aquí antes de que llegue May.

A diferencia de mí, mi mejor amiga no vacilaría ni por

un instante en lanzarle una copa a la cara a alguien, y hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que le lanzara también un puñetazo.

Veo que Evan empalidece bajo ese tono conseguido con autobronceador. Busca la cartera y deja trescientos pavos encima de la mesa. Aparta la silla y se pone en pie, y dilata su presencia más de lo necesario. Las pullitas y los insultos se desvanecen y, en su lugar, quedan los recuerdos de los buenos momentos que conseguimos vivir juntos durante los últimos cuatro años.

—Lo lamento muchísimo, de verdad, Lana.

Ya, en fin, yo también.

Esperaba salir de este restaurante comprometida con él, caminando abrazados, con un mareo de felicidad provocado por la botella de champán que habría acompañado al pedrolo que tendría por anillo.

Un anillo que seguramente no se habría parecido en nada a los cientos de anillos que he guardado en mi tablero de bodas público que, muy oportunamente durante este año, dejaba abierto en mi portátil cada vez que Evan se pasaba por casa.

Pero con el tiempo me habría llegado a encantar.

Igual que, con el tiempo, habríamos acabado odiándonos el uno al otro.

—Adiós, Evan —digo, y descubro que él ya se ha ido y que le estoy hablando a mi copa de martini.

A mi copa vacía de martini.

Pero que no cunda el pánico, una copa a rebosar de martini aparece flotando ante mi rostro. Me giro para darle las gracias al camarero, pero veo que quien me está ofreciendo la copa es May, mi mejor amiga. El camarero está justo detrás de ella, con un plato de pepinillos fritos en una mano y un trozo enorme de tarta de queso en la otra.

Deja los manjares sobre la mesa mientras May toma asiento en la silla vacía que antes ocupaba Evan. Le brinda al camarero una de esas sonrisas suyas que desconciertan y, solo por un momento, el chico se queda estupefacto, y al segundo se aleja apresurado.

—¿Está todo demasiado reciente como para que exprese que no voy a echar de menos al tío ese?

May moja un pepinillo frito en salsa ranchera, y me lo tiende.

Mmm. Pepinillos y un buen martini. Casi puedo notar cómo me sube la tensión por la ingesta de sal, pero eso no me impide meterme uno tras otro en la boca. Además, el rebozado de los pepinillos me ayudará a absorber el alcohol que ya me chapotea en la tripa, así que estoy tomando la decisión más saludable y sensata, lo juro.

—No es que te hayas contenido nunca al expresar lo que pensabas en cuanto a Evan se trata. Para qué vas a empezar ahora.

Para ser sincera, no es que yo tampoco me haya contenido nunca al expresar lo que pensaba en cuanto a Evan. No es que el chico sea, bueno, fuera, la pareja perfecta.

May suaviza el tono, estira el brazo y me aprieta la mano.

—¿Quieres hablar del tema?

De un solo trago me bebo la mitad de mi copa.

—Creía que me iba a pedir que me casara con él y lo que ha hecho ha sido dejarme, creo que no hay mucho más de lo que hablar, la verdad.

—Suerte tiene de haberse ido antes de que yo llegara.

—Espacio, May me acerca poquito a poco un vaso de agua, pero paso de él.

—No ha sido casualidad. —Le lanzo una mirada que rezuma un amor cursi y alcoholizado—. Das muchísimo miedo cuando te pones en plan mamá osa.

May me dirige una dulce sonrisa, y justo en ese momento se me agolpan las lágrimas en los ojos. Unas lágrimas que, apenas unos segundos después, me caen por las mejillas como el agua de esa gigantesca cascada de Yosemite, aunque no será ni por asomo una estampa tan pintoresca, seguro. No llega a pasar ni un segundo y ya estoy envuelta en un abrazo, y la fragancia cítrica y acre de May me abriga como si fuera mi vieja y reconfortante mantita.

Jamás afirmaré que los chorretones de rímel que me recorren la cara se deban a una tristeza genuina ante el final de mi relación. No me siento desolada ante el pensamiento de no volver a estar con Evan. Incluso ahora, menos de una hora después de escucharle decir que nuestra relación se había acabado, en lo profundo de mi ser sé que desde el principio nunca estuvimos hechos el uno para el otro. Sé que, en un día o dos, el alivio me invadirá como una ola purificadora que llega a la orilla.

Y todas esas chorradas de buenas vibras, pensamientos positivos y mirar el lado positivo de las cosas.

Pero, esta noche, me acaban de dejar. Me acaban de dejar en un sitio público cuando lo que en realidad esperaba era una pedida de mano. Me acaba de dejar un tío con el que pensaba que iba a pasar el resto de mi vida. Es bochornoso, como poco.

Y lo peor de todo esto es que no es la primera vez que me pasa. Ni la segunda. Ni siquiera la tercera.

El estúpido integral caraculo de Evan es el cuarto hombre al que he tomado como «el indicado». El cuarto hombre cuyos padres me han acogido en su familia. Y el cuarto hombre que evidentemente no quiere que pase a ser un miembro permanente de dicha familia.

Rompo el abrazo, me aparto de May y me seco las lágrimas con la servilleta.

—Soy una estúpida —afirmo, pero lo digo tan bajito que mi mejor amiga tiene que inclinarse hacia mí para escucharme.

—Esta noche no vamos a hacer eso. —May aparta el plato de pepinillos y deja sitio para poner el trozo de tarta de queso, que es tan grande como mi cabeza—. Mañana ya hablaremos de las terribles decisiones amorosas que tomas, LP.

—Vaya, gracias.

May se encoge de hombros, y prueba la tarta de queso.

—Sabes que tengo razón. Pero, como te acabo de decir, esta noche no vamos a hablar de ese tema. Esta noche vamos a comer y a beber hasta que nos entren ganas de potar, y después nos meteremos a rastras en esa gigante cama que tienes y veremos todas las películas de amor que ese romántico corazoncito tuyo desee. —La voz de May adquiere cierto tono de seriedad que no es habitual en ella—. Tía, lamento que ese gilipollas te haya roto el corazón, pero puedo afirmar con una seguridad del cien por cien que estás mucho mejor sin él.

—No es que diga que te equivocas...

—Nunca me equivoco.

Pongo los ojos en blanco, pero acompaño el movimiento con una sonrisilla.

—No estoy diciendo que estés equivocada. Respecto a Evan. Pero necesito un poco de tiempo para procesar lo que ha pasado antes de que esto me sirva de lección y pase página, consciente de que Evan me ha enseñado algo o lo que sea.

May resopla con la copa de vino en la mano.

—Sé que es un topicazo, pero ya sabes a qué me refiero, May. —Me tomo la mitad del vaso de agua de un trago y, después, cojo la copa de martini, en un gesto silencioso para que me traigan otro cóctel. Pero me lo pienso mejor y me vuelvo a decantar por el agua.

—El bufido ha sido por lo de que te tomes tu tiempo para procesarlo. —Se da un par de toquecitos con el dedo en la muñeca desprovista de reloj—. En menos de veintiún días estarás metida en otra relación cerrada de las largas.

—Esa afirmación es precisa a la par que ofensiva.

May esboza una amplia sonrisa, con la que deja a la vista unos dientes blancos y rectos enmarcados por unos labios rojos con un perfilado perfecto.

—LP, eres incapaz de estar soltera.

—Para nada —suelto enfadada, aunque lo que sí es cierto es que esta noche parece que soy incapaz de actuar de forma madura. Lo cual es posible, o no, que tenga relación con el hecho de que lo que May está haciendo es básicamente repetir las palabras de Evan. Y si hay algo peor que escuchar a tu exnovio enumerar tus defectos en plena ruptura es que tu mejor amiga del mundo confirme dichos fallos.

—Es verdad. Pero, repito, esta noche no vamos a hablar del tema. —Levanta la copa y la lleva al centro de la mesa—. Por mi adorada mejor amiga. Eres la hermana que nunca quise y la compañera que jamás pensé que necesitaría. Todo hombre que no pueda aguantar a tu lado es un completo imbécil y lo odiamos.

—Ha sido precioso. —Choco mi copa con la suya antes de dar un buen trago—. Venga, a pillarnos un buen pedo.

Después de dos, tres o cuatro horas (¿a estas alturas quién es capaz de llevar la cuenta?), May y yo nos bajamos a trompicones del Lyft y recorremos el caminito empedrado hasta la puerta de mi casa.

Me encanta mi casa. Si estuviese sobria, seguramente me tiraría un minuto apreciando su belleza y agradeciendo la

riqueza generacional y el momento exacto que me permitió tener la oportunidad de comprar este inmueble de primera de Los Ángeles. Ubicada en el modernísimo barrio de Atwater Village (aunque cuando compré la casa era más bien un barrio emergente que un refugio para hípsteres), esta pequeña residencia de estilo español tiene todo lo que necesito. Dos dormitorios, un baño totalmente remodelado, aire acondicionado, plaza de aparcamiento, un jardincito trasero y se puede llegar a un montón de cafeterías y bares dando un paseíto. Sí, sé que soy una afortunada.

Pero esta noche nada de eso me importa. Me importa ser capaz de meter la llave en el pomo de la puerta y conseguir entrar sin que ninguna de las dos vomite en el jardín delantero que cuido con tanto mimo.

May y yo avanzamos entre traspíes por el pasillo hasta mi habitación, y creo que conseguimos quitarnos los zapatos y librarnos de los bolsos antes de desplomarnos encima de mi cama, lo cual a estas alturas ya es un triunfo de los gordos.

—Quiero ver una peli que me haga llorar. —Me enderezo el tiempo justo para encender el televisor que tengo fijado encima de la cómoda.

—¿De verdad te parece que esa es la mejor opción ahora mismo? —La voz de May se oye amortiguada por la almohada que se ha echado sobre la cara.

—Sí. Es lo que hace una cuando la dejan. Paso uno, emborracharse.

—¡Hecho!

—Paso dos, ver comedias románticas. Paso tres, comer helado. —Despacio, me echo hacia un lado para salir de la cama, en un intento por ir a la cocina a coger la tarrina de helado de Ben & Jerry's que tengo guardada en el congelador para casos de emergencia. Sin embargo, la habitación no

deja de dar vueltas, me hace perder el equilibrio y debo sujetarme al borde de la cama.

—¿Y cuál es el paso cuatro? —pregunta May, volviéndose hacia mí.

—¿El paso cuatro de qué?

May intenta lanzarme la almohada, pero no consigue hacerla volar más que un par de centímetros.

—El paso cuatro del plan posruptura.

—Ah. —Le brindo una amplia sonrisa—. Encontrar a otro tío, claro.

Por fin he conseguido estabilizarme lo suficiente como para caminar sin problemas, así que dejo a May refunfuñando entre almohadones y me dirijo a la cocina.

Con suma prudencia, tomo la decisión de que lo primero que tengo que hacer es beberme un vaso de agua de un trago. Después, me bebo otro solo por seguridad. Cojo la tarrina sabor *Tonight Dough* y dos cucharas, y emprendo el camino hacia mi dormitorio. Mi bolso está tirado casi en mitad del pasillo, alargo la mano y saco el móvil, bastante impresionada por mi previsión.

Cuando vuelvo al cuarto, me encuentro a May tumbada en diagonal en mi cama, soltando unos ronquidos tan sonoros y guturales que confirman que, evidentemente, ya no está consciente. Me acurruco a su lado, me meto debajo de las sábanas y pongo la película *Mientras dormías* en la tele. Cuando me termino la tarrina entera de helado, cojo el móvil con la idea de poner la alarma para no pasarme durmiendo todo el día de mañana. Me toca entrecerrar los ojos para poder enfocar las palabras y los números que aparecen en la pantalla, pero soy capaz de distinguir que tengo un mensaje directo en Instagram. Un mensaje de un nombre de usuario que solo veo cuando pierdo totalmente el control y me pego un atracón cotilleando en profundidad a un exnovio. Algo

que llevo sin hacer un año, por lo menos. Bueno, vale, seis meses.

Introduzco la contraseña y me meto en la aplicación; paso de todas las notificaciones mientras opto por entrar directamente en mis mensajes.

@SethCarson: Hola. He estado llamándote, pero siempre me salta el buzón, así que o estás pasando de mí o me tienes bloqueado. Tenemos que hablar. Llámame cuando puedas, cuanto antes mejor.

Vale.

Hostia.

A ver, para empezar, qué cara tiene por pensar que no habría bloqueado su número de teléfono. No me apetece nada volver a hablar con él, evidentemente. No lo he bloqueado en las redes sociales única y exclusivamente porque me gusta revisar su perfil de vez en cuando y confirmar que sigue solo e infeliz. Como debe ser.

Para continuar, no estoy en condiciones de sopesar todas y cada una de las implicaciones del mensaje. «¿Tenemos que hablar?» «¿Llámame?» ¿De qué coño tendríamos que hablar nosotros dos?

Como me han roto el corazón y sigo un poco, o muy, borracha, entro en su perfil de Instagram. Son pocas las veces en las que Seth sube fotos suyas, y su perfil está repleto de fotos de sus viajes. Durante los últimos años, que no son pocos, ha trabajado como corresponsal, viajando por el país y, a veces, por todo el mundo gracias a sus reportajes; la mayoría suelen ser artículos de investigación de corte serio. Es un periodista *freelance* muy demandado, así que no pasa mucho

tiempo en un mismo lugar. Cuando éramos todavía jóvenes e ingenuos, creíamos que íbamos a trabajar juntos de periodistas en el mismo periódico, y que mientras él cubriría las noticias y la sección de política, yo haría reseñas de libros y la sección artística.

Me río ante la tarrina de helado vacía. Ninguno de los dos acabó donde pensábamos que estaríamos.

Cierro los ojos con fuerza porque, de repente, lo único que quiere hacer mi cerebro es reproducir la primera de mis catastróficas rupturas. La peor de todas. La ruptura que lo empezó todo y que todavía no ha sido superada, ni siquiera por la ruptura de esta noche que debía haber sido una pedida de mano. Y, si bien no sé cómo se me está pasando el pedo gracias al helado, al agua y, seguramente, a los ataques de llantos, sé que no estoy en condiciones, ni físicas ni emocionales, para lidiar con un mensaje directo de un exnovio, mucho menos de «El exnovio».

Necesito refuerzos.

—May. —Le clavo el dedo sin parar hasta que mi mejor amiga por fin susurra algo que parece ser consciente—. Seth me ha enviado un mensaje directo.

—Hostia.

Bueno, o eso es lo que creo que dice, porque no se ha quitado la almohada de la cara.

—Necesito otra copa. —Por una parte, estoy de coña, porque solo Dios sabe que en las últimas horas he ingerido la cantidad de alcohol que me tomaría en toda mi vida, pero no se me ocurre otra situación que requiera tanto una buena borrachera.

Y, cuando May se levanta de la cama y se reúne conmigo en la cocina, valida mi decisión.

—¿Quieres hablar del tema? —May entrechoca su vaso de chupito lleno de tequila contra el mío, y es la segunda vez que me hace esa pregunta esta noche.

—No. ¿Cuántos chupitos me tendré que tomar para perder el conocimiento? —Me bebo el líquido que contiene el vasito, y pongo una mueca al notar cómo me arde la garganta a su paso.

Resulta que solo tenía que tomarme ese.